

á poco más de una jornada de París. Vino en seguida y poniendo por obra los medios más largos de fortificar, me retiré de aquella empresa; y si el emperador llega á presentarse antes, con gran facilidad hubiérase apoderado de París. Bien se dijo que en aquel acuerdo hecho después, madama de Etampes, que medió en él más que ninguna otra persona, había hecho traición al rey. No me ocurre decir ninguna otra cosa acerca de esto, porque no entra en mi propósito.

Púseme con gran instancia á armar el conjunto de mi puerta de bronce y á concluir aquel gran vaso y otros dos medianos, hechos éstos con plata mía. Después de tales tribulaciones, vino el buen rey á descansar algún tanto en París. Habiendo nacido aquella maldita mujer como para ruina del mundo, parecióme que algo valía yo, puesto que me tuvo por su enemigo capital.

Recayendo su conversación con aquel buen rey á propósito de mis cosas, habló ella tan mal de mí, que aquel pobre hombre, por complacerla, púsose á jurar que nunca más en el mundo haría cuenta de mí, como si jamás conocido me hubiese. Estas palabras vínome las á decir en el acto un paje del cardenal de Ferrara, quien se llamaba Villa, y me dijo haberlas oído él mismo de boca del rey. Pusiéronme en tanta cólera estas cosas, que, echando á rodar todas mis herramientas y aun todas las obras, me dispuse para marcharme, y en el acto fuí en busca del rey.

Después de su comida entré en una cámara donde

estaba Su Majestad con poquísimas personas, y cuando me vió entrar, al hacerle yo aquella debida reverencia que corresponde á un rey, en seguida, con regocijado rostro, inclinóme la cabeza. Por lo cual cobré esperanza y me acerqué á Su Majestad poco á poco, porque estaba mostrando él algunas cosas de mi profesión; y luego que se hubo conversado un rato sobre dichas cosas, me preguntó Su Majestad si tenía yo alguna cosa buena que mostrarle en mi casa, añadiendo que cuándo quería yo que fuese él á verlas.

Entonces le contesté cómo estaba dispuesto á enseñarle alguna cosa, si quería verla entonces. Contestó al momento diciendo que me encaminase á mi casa, pues quería ir él en seguida.

#### XLIV.

Me marché para esperar á aquel buen rey, el cual había ido á pedir licencia á madama de Etampes. Queriendo ella saber adónde iba, dijo que iría á acompañarle; más cuando el rey la hubo dicho dónde iba, dijo ella á Su Majestad que no quería ir con él y que le rogaba cómo por aquel día la hiciese la merced de no ir él tampoco. Tuvo que diferirse más de dos veces, queriendo disuadir al rey de aquella empresa; por aquel día no vino á mi casa.

El día siguiente fuí á ver al rey á la misma hora; tan pronto como me vió juró, que quería ir al momento á

mi casa. Fué, según su costumbre, á pedir licencia á su dama la de Etampes, quien viendo que con todo su poder no había logrado disuadir al rey, se puso con su lengua mordaz á hablar tan mal de mí cuanto pueda decirse de un hombre que fuese enemigo mortal de aquella digna corona.

A esto contestó aquel buen rey cómo quería venir á mi casa sólo para reprenderme, de tal suerte que me dejase atemorizado, y así dió palabra de hacerlo á madama de Etampes. Vino al momento á mi casa, donde le guié á ciertas grandes estancias bajas, en las cuales había yo puesto en conjunto toda aquella gran puerta mía; al verla quedó el rey tan estupefacto, que no encontraba oportunidad para decirme los grandes improperios que había prometido á madama de Etampes. Mas no por esto quiso dejar de aprovechar la ocasión para decirme los denuestos prometidos, y comenzó diciendo:

—Hay una cosa importantísima, Bienvenido, la cual vosotros los hombres de mayor mérito debiérais conocer; y es que tal ingenio no lo podeis mostrar por vosotros mismos, y que sólo os mostráis grandes medianamente las ocasiones que de Nos recibís. Ahora bien, debiérais ser un poco más obedientes, y no tan soberbios y caprichosos. Recuerdo haberos mandado expresamente que me hiciérais doce estatuas de plata, y tal era mi deseo; nos habéis querido hacer un salero, y vasos, y bustos, y puertas, y tantas otras cosas, que yo estoy muy trastornado al ver que habéis hecho caso omiso de todos los deseos de mi voluntad, dejándome atendido

á conformarme con todos vuestros caprichos; así, pues, si pensáis obrar de aquesta suerte, luego os haré ver cómo acostumbro yo á obrar cuando quiero que se obre á mi gusto. Por tanto, os digo que atendáis á obedecer cuanto os llevo dicho, porque si seguís obstinado en vuestras fantasías, daréis de cabeza contra la pared.

Mientras decía él estas palabras, todos aquellos señores estaban atentos viendo que sacudía la cabeza, enarcaba los ojos, y cuándo con una mano, cuándo con la otra, accionaba mucho; de tal manera, que todos aquellos hombres que allí estaban presentes temblaban de miedo por mí; pero yo hallábame resuelto á no tener el menor miedo del mundo.

## XLV.

Tan pronto como hubo acabado de hacerme aquella reprensión que prometido había á su dama la de Etampes, puse una rodilla en tierra y besándole la veste á nivel de su rodilla, dije:

—Sacra Majestad, afirmo que todo cuanto Vos decís es verdad; sólo os digo á eso, que mi corazón ha estado continuamente, día y noche, con todos mis espíritus vitales suspensos sólo por obedeceros y por serviros. Y en todo aquello que á Vuestra Majestad le pareciere que fuese lo contrario de aquello que yo digo, sepa Vuestra Majestad que en aquello no he sido Bienvenido, sino que puede haber mediado un hado maligno mío ó per-

versa fortuna, la cual me ha querido hacer indigno de servir al más asombroso príncipe que jamás hubo en la tierra; por tanto, os ruego que me perdonéis. Paréceme sólo que Vuestra Majestad me dió plata para una sola estatua, y no teniendo yo ninguna que fuese mía, no pude hacer más que aquella; y con la poca plata que de dicha figura me sobró hice el vaso aquel para mostrar á Vuestra Majestad el hermoso estilo de los antiguos, el cual tal vez antes no habríais visto de tal suerte. En cuanto al salero, si bien me acuerdo, paréceme que Vuestra Majestad por sí mismo me lo pidió un día habiéndose á propósito de uno que os fué presentado; por lo cual, mostrándoos un modelo que había yo hecho en Italia, por vuestra espontánea voluntad me hicisteis dar en el acto mil ducados de oro para que yo lo hiciera, diciéndome que me agradeceríais mucho tal cosa; y hasta me pareció mayormente que me disteis muchas gracias cuando os lo entregué concluido. En cuanto á la puerta, paréceme que, hablando de ella por acaso, Vuestra Majestad dió órdenes á monseñor de Villeroy, su primer secretario, quien comisionó á monseñor de Champagne y monseñor de la Fa, para que tal obra solitasen de mí y me la ajustaran; y sin esta comisión, por mí solo jamás hubiera podido llevar adelante tan grande empresa. En cuanto á los bustos de bronce y el pedestal del Júpiter y todo lo demás, los bustos los hice en verdad por iniciativa mía, para experimentar estas tierras de Francia, las cuales no conocía yo en manera alguna, como forastero que soy, y sin hacer experien-

cia de dichas tierras nunca me hubiese puesto á fundir aquestas grandes obras; en cuanto al pedestal, lo hice pareciéndome que tal cosa convenía muy bien para acompañar á aquella estatua; por ese motivo todo cuanto he hecho, he pensado hacerlo por mejor, y nunca por apartarme de los deseos de Vuestra Majestad. Es muy cierto que aquel gran coloso lo he hecho todo hasta el término en que se ve á expensas de mi bolsa, sólo por parecerme que siendo Vos tan gran rey y yo el pequeño artista que soy, debíase hacer para gloria vuestra y mía una estatua cual jamás la tuvieron los antiguos. Conociendo ahora que no plugo á Dios hacerme digno de un tan honrado servicio, os ruego que en cambio del honroso premio que Vuestra Majestad á mis obras había destinado, sólo me otorgue un poco de su buena gracia, y con ella licencia de partirme; porque en este mismo punto si me consideráis digno de tal cosa, me partiré, tornándome á Italia, dando siempre gracias á Dios y á Vuestra Majestad por aquellas horas felices que he dedicado á su servicio.

## XLVI.

Me cogió con sus manos y levántome con gran afabilidad de sobre las rodillas; luego me dijo que debía yo estar contento de servirle, y que todo cuanto había yo hecho estaba bien y le era muy grato. Y volviéndose hacia aquellos señores, dijo estas formales palabras:

—Creo en verdad que si el Paraíso hubiese de tener puertas, mas hermosas que aquesta jamás las tendría.

Cuando tranquilizado un poco, vi el valor de aquellas palabras, las cuales eran todas para mí tan favorables, de nuevo con grandísimo respeto le dí gracias; repitiendo, sin embargo, cómo quería licencia, porque no se me había pasado aún el enojo.

Cuando aquel gran rey percatóse de que no había hecho yo el aprecio que merecían sus inusitados y grandes agasajos, me ordenó con fuerte y espantosa voz que no le hablase una palabra más, pues de lo contrario lo pasaría mal; y luego añadió que me ahogaría en oro y que me daba licencia; que además de las obras á mí encargadas por Su Majestad, de todo aquello que hice por mí solo entretanto, quedaba contentísimo; y que nunca tendría yo más diferencias con él, porque me había conocido, y que también yo debiera ingeniarme para conocer á Su Majestad tanto como era justo.

Contesté que por todo daba gracias á Dios y á Su Majestad, y después le supliqué que viniera á ver cómo había yo sacado adelante la gran figura; y en efecto, vino en pos de mí. La hice descubrir y le causó el mayor asombro que pudiese imaginarse; y en el acto encargó á un secretario suyo que incontinenti me devolviese todos los dineros que de lo mío hubiere yo gastado, fuese la suma que se quisiese, bastando con que yo la diera escrita de mi mano. Partiósese luego, y me dijo:

—Adiós, *mon ami*;—grandes palabras que por un rey no se usan.

## XLVII.

De regreso en su palacio, refirió las muchas palabras tan estudiadamente humildes como en alto grado soberbias que había yo empleado con Su Majestad (las cuales palabras le habían hecho encolerizar mucho); y estuvo contando algunos particulares de tal conversación en presencia de madama de Etampes, estando allí monseñor de Saint-Paul, gran barón de Francia (1); éste tal había hecho en lo pasado muy grandes extremos de ser amigo mío; y en verdad que aquesta vez lo demostró muy noblemente á la francesa.

En efecto, al cabo de muchos razonamientos dolióse el rey de que habiéndome dado en custodia al cardenal de Ferrara, jamás había pensado éste en mis asuntos, y por causa suya poco faltó para que yo me hubiese ido de su reino; y que en verdad pensaría darme en custodia á cualquiera persona que me conociese mejor de lo que había hecho el cardenal de Ferrara, pues no quería darme más ocasión de perderme. Al oír estas palabras, ofrecióse en el acto monseñor de Saint-Paul diciendo al rey que me diese á él para mi guarda y haría con mucho gusto algo, en virtud de lo cual nunca tuviera yo más causa de partirme de su reino. El rey con-

(1) Francisco de Borbón, conde de Saint-Paul, uno de los principales capitanes de Francisco I.

testó á esto que estaba muy conforme, si Saint-Paul quería decirle el modo que deseaba intentar para que yo no me partiese.

Madama, allí presente, estaba muy enfadada; y Saint-Paul hacíase mucho de rogar, no queriendo decir al rey el modo que deseaba poner en planta. Preguntóselo de nuevo el rey, y por agradar á aquella madama de Etampes, dijo:

—Pues yo colgaría por el pescuezo á vuestro Bienvenido, y de esa manera Vos no lo perderíais de vuestro reino.

Madame de Etampes prorrumpió al momento en grandes risas, diciendo que lo merecía yo bien. A esto el rey echóse á reír por acompañar á los demás, y dijo que estaba muy conforme con que Saint-Paul me ahorcase, si antes le encontraba otro que valiese tanto como yo; y que aun cuando yo no hubiese merecido nunca tal suerte, dábale para ello plena licencia. Así acabó aquella jornada, quedando yo sano y salvo; por lo que Dios sea loado y gratificado.

#### XLVIII.

Por aquel tiempo había el rey sosegado la guerra con el emperador, mas no con los ingleses; de modo que estos demonios teníanle en mucha tribulación. No teniendo el rey ocupada su cabeza sino en los placeres, había encargado á Pedro Strozzi que condujese ciertas

galeras á los mares aquéllos de Inglaterra; las cuales fueron muy difíciles de conducir allí, hasta para aquel admirable soldado, único en sus tiempos en tal profesión, y único también en desventuras.

Habíanse pasado varios meses sin que hubiese yo tenido dineros ni orden alguna de trabajar, de modo que despedí todos mis ayudantes, salvo aquellos dos italianos á quienes mandé hacer dos vasitos de plata mía, porque no sabían trabajar en bronce. Acabado que hubieron ambos vasos, fuíme con ellos á una ciudad que era de la reina de Navarra, llamada Argentan (1), y distante de París muchas jornadas. Llegado que hube á dicho lugar, me encontré con que el rey estaba indispuerto; y el cardenal de Ferrara dijo á Su Majestad cómo había yo llegado á aquel lugar. El rey á esto nada respondió, lo cual fué causa de que hubiera de estar yo molesto muchos días. En verdad que jamás tuve mayor disgusto; sin embargo, al cabo de bastantes días pasé adelante una noche y le presenté aquellos dos hermosos vasos, que sobremanera le agradaron. Cuando vi muy bien dispuesto al rey, supliqué á Su Majestad que se dignase concederme la merced de que pudiera yo irme á recrear hasta Italia; y que yo dejaría siete meses de salario de que era acreedor, los cuales dineros dignaríase luego Su Majestad hacérmelos pagar, si me fueran de menester para mi retorno. Rogaba á Su Majestad cómo me complaciese con aquesta gracia, ya que

(1) En el departamento del Orne (Francia).  
Tomo II.

entonces era en verdad tiempo de militar y no de esculpir; y como Su Majestad había también complacido en tal cosa á su pintor el Bologna, por ese motivo devotísimamente le rogaba que tuviese á bien considerarme asimismo á mí digno de ella.

Mientras decíale yo estas palabras, miraba el rey con grandísima atención aquellos dos vasos, y algunas veces heríame con una terrible mirada suya; esto no obstante, lo mejor que pude y supe le supliqué que me otorgara tal gracia. De pronto le ví indignado levantarse de su sillón, y me dijo en lengua italiana:

—Bienvenido, sois un gran loco; llevaos de ahí esos vasos á París, porque los quiero dorados.

Y sin darme ninguna otra respuesta, partióse.

Me acerqué al cardenal de Ferrara, quien estaba allí presente, y le rogué que, pues habíame hecho tanto bien con sacarme de la cárcel de Roma, junto con tantos otros beneficios, me complaciese también en esto, á fin de que pudiera yo ir hasta Italia.

El mencionado cardenal me dijo que con mucho gusto haría todo cuanto pudiese por causarme áquel placer, y que libremente le dejase yo á él tal cuidado; y por tanto, si esa era mi voluntad podía irme tranquilo, porque él me sostendría muy bien con el rey. Contesté al cardenal cómo sabía yo que Su Majestad habíame dado en custodia á su Señoría Reverendísima, y que si me daba licencia para ello partiríame muy de grado, para tornar á la más mínima señal de su Señoría Reverendísima. Entonces el cardenal me dijo que me fuese

á París, quedándome en él ocho días, y en este tiempo obtendría del rey merced para que pudiera yo irme; y en caso de que el rey no estuviese conforme con mi marcha, sin falta ninguna me lo avisaría; así, pues, de no escribirme nada, sería señal de que libremente podía yo marcharme.

## XLIX.

Fuíme á París, según me había dicho el cardenal, é hice admirables cajas para aquellos tres vasos de plata.

Pasado que se hubieron veinte días, me dispuse á marchar y coloqué los tres vasos encima de la carga de un mulo, el cual habíamelo prestado hasta Lyon el obispo de Pavía, á quien había yo alojado de nuevo en mi castillo. Partíme en hora mala para mí país juntamente con el señor Hipólito Gonzaga, quien estaba á sueldo del rey, y divertido con el conde Galeotto de la Mirandola y con ciertos otros gentilhombres de dicho conde. También fué acompañándonos nuestro florentino Leonardo Tedaldi.

Dejé á Paulo y Ascanio para custodia de mi castillo y de todos mis intereses, entre los cuales había ciertos vasitos comenzados, que dejé allí para que aquellos dos jóvenes no estuviesen sin ocupación; también había muchos muebles de casa de gran valor, porque estaba yo instalado muy honrosamente; el valor de todas estas cosas mías era por valor de más de mil quinientos escudos.

Dije á Ascanio que recordarse cuántos grandes beneficios había obtenido de mí; que hasta entonces había sido un muchacho de poco seso, mas ya era tiempo de tener juicio como un hombre; por ese motivo quería yo dejarle en guarda todos mis intereses, á la par que mi honor todo; que si oía él una cosa más alta que otra de aquellas bestias de franceses, en el acto me lo avisase, porque montaría en posta y volaría desde allí donde yo estuviere, tanto por lo muy obligado que estaba yo con aquel buen rey, cuanto por el honor mío; el referido Ascanio, con fingidas lágrimas de ladrón, me dijo:

—Jamás conocí otro mejor padre que vos; y todo aquello que debe hacer un buen hijo para con su buen padre, otro tanto para con vos haré yo siempre.

Puestos así de acuerdo, partíme con un criado y con un chicuelo francés. Despues que pasó mediodía, fueron á mi castillo algunos de aquellos tesoreros que no eran nada amigos míos. Estos canallas bribones dijeron al momento cómo habíame yo partido con la plata del rey, y encargaron al señor Guido y al obispo de Pavía que mandasen prestamente por los vasos del rey, y si no, que mandaría por ellos tras de mí con muy gran disgusto mío.

El obispo y el señor Guido tuvieron mucho más miedo del que era menester, y prestamente mandaron en posta tras de mí á aquel traidor de Ascanio, quien se me presentó á media noche. Yo no dormía, sino que estaba condoliéndome de mí mismo, diciendo:

—¿A quién dejo mis bienes, mi castillo? ¡Oh, que des-

tino mío es aqueste que me fuerza á emprender tal viaje! ¡Y con tal de que el cardenal no esté de acuerdo con madama de Etampes, quien otra cosa en el mundo no desea sino que pierda yo la gracia de aquel buen rey!

## L.

Mientras que conmigo mismo sostenía yo este debate, sentí cómo me llamaba Ascanio; en seguida levánteme del lecho y le pregunté si me traía buenas ó tristes nuevas. Dijo el ladrón:

—Buenas nuevas traigo; mas precisa tan sólo que volváis atrás los tres vasos, porque aquellos pícaros de tesoreros gritan «al ladrón», de modo que el obispo y el señor Guido dicen que los volváis á mandar en seguida; del resto no os dé cuidado alguno, é id á recrearos con este viaje felizmente.

En el acto le entregué los vasos, dos de los cuales eran míos la plata y todo. Los llevaba á la abadía del cardenal de Ferrara, en Lyon; porque si bien me acusaron de que yo me los quería llevar á Italia, sabido es por todo el mundo que no se puede sacar dinero, ni oro, ni plata, sin gran permiso. Ahora bien, considérese si podía yo sacar aquellos tres grandes vasos, los cuales ocupaban, con tres cajas, un mulo. Verdad es que por ser aquellas cosas muy bellas y de gran valor, sospechaba yo la muerte del rey, pues ciertamente hábiale dejado muy indispuerto. Y decía para mí:

—Si tal cosa hubiere ocurrido, teniendo de mi mano al cardenal, no los puedo perder.

En conclusión: mandé atrás dicho mulo con los vasos y otras cosas de importancia, y con el acompañamiento que antes dije seguí mi camino á la mañana siguiente; mas en todo el viaje no pude contenerme sin suspirar y gemir. Sin embargo, algunas veces confortábame con Dios, diciendo:

—Señor Dios, tú que sabes la verdad, conoces cómo aquesta ida mía sólo es por llevar una limosna á seis pobres infelices doncellicas y á su madre, mi hermana carnal; que si bien aquéllas tienen su padre, es tan viejo y gana tan poco en su arte, que aquéllas fácilmente podrían seguir mal camino; por donde al hacer yo aquesta obra piadosa, espero de tu Majestad ayuda y consejo.

Estas fueron cuantas recreaciones tuve mientras iba adelante por mi camino.

Hallándonos un día á una jornada cerca de Lyon (sería casi la hora veintidós), comenzó el cielo á descargar ciertos truenos secos y el aire estaba serenísimo; iba yo delante de mis compañeros un tiro de ballesta. Después de los truenos sintióse en el cielo un estrépito tan grande y tan pavoroso, que por mí juzgaba que hubiese llegado el día del Juicio; y parándome un poco, comenzó á caer granizo sin gota alguna de agua; las piedras eran más gruesas que balas de cerbatana, y al darme encima hacíanme mucho mal; poco á poco empezaron á engruesar, de modo que eran como bolas de

ballesta. Viendo que mi caballo espantábase mucho, le hice volver atrás con grandísima furia á la carrera, hasta que encontré á mis compañeros, los cuales, por el mismo temor, habíanse detenido dentro de un pinar. El granizo iba engruesando, como grandes limones; cantaba yo un Miserere, y mientras que así devotamente oraba á Dios, cayó una de aquellas piedras tan gorda, que desgajó una grandísima rama de aquel pino bajo el cual parecíame estar en salvo. Otra parte de aquel granizo dió en la cabeza á mi caballo, el cual en poco estuvo que no se cayó á tierra; á mí me vino una piedra encima, que si me da de lleno me deja muerto. Igualmente dió una en aquel pobre viejo de Leonardo Tedaldi, de suerte que, estando él como yo de rodillas, le hizo caer con las manos en tierra. Entonces, viendo yo que aquella rama no me podía defender más y que con el Miserere era preciso á la par hacer alguna obra, comencé prestamente á envolverme la cabeza con ropa; y así dije á Leonardo, que pidiendo socorro, gritaba: ¡Jesús, Jesús!, que éste le ayudaría si él mismo se ayudaba; costóme mucho más trabajo salvarle á él que á mí mismo.

Duró esto una pieza, más luego cesó; y nosotros, que estábamos todos molidos, lo mejor que nos fué posible volvimos á montar á caballo; mientras andábamos hacia el alojamiento, mostrándonos unos á otros las desolladuras y los chichones, una milla más adelante encontramos una ruina tanto mayor que la nuestra, que parece imposible de narrar. Todos los árboles estaban



mondados y desmochados, con tantos animales muertos cuantos allí sorprendió la nube, y muchos pastores también muertos; vimos gran número de granizos, que no se podían abarcar con ambas manos. Nos pareció haber librado muy bien, y entonces conocimos que el llamar á Dios y aquellos Misereres nuestros nos habían servido más que cuanto por nosotros hubiéramos podido hacer.

Así, pues, dando gracias á Dios, á la siguiente jornada llegamos á Lyon, donde descansamos ocho días. Pasado que hubieron los ocho días, habiéndonos recreado muy bien, reanudamos el viaje y con la mayor felicidad pasamos los montes. Allí compré un caballito, porque algunos pequeños bagajes habían estropeado un poco á mis caballos.

## LI.

Después que hicimos una jornada por Italia, reuníosenos el conde Galeotto de la Mirandola, quien pasaba en posta, y deteniéndose con nosotros, me dijo cómo había yo cometido un error en partirme, y que debía no seguir más adelante, pues tornando en seguida irían mis cosas mejor que nunca; mas que si continuaba yo adelante en mi camino, cedería yo mismo el campo á mis enemigos, dándoles comodidad para poderme hacer daño; mientras que si me volvía á escape, impediría usar los medios que aquellos habían dispuesto en

mi contra; y que aquellos en quienes más confiaba yo, eran los mismos que me engañaban.

Quería decirme con esto algo que él muy bien sabía: y es que el cardenal de Ferrara habíase concertado con aquellos dos pícaros míos, á quienes dejé como custodios de todas mis cosas. Dicho conde me repitió varias veces que debía volverme á escape. Volviendo á montar en posta, pasó adelante; y yo, por los acompañantes mencionados, resolvíme también á seguir adelante en mi camino.

Tenía una vacilación grandísima de ánimo, ya de llegar muy presto á Florencia, ya de volverme á tornar á Francia; sentía tal pena al verme irresoluto de aquel modo, que al fin me decidí á montar en posta para llegar presto á Florencia. No llegué á tiempo de la primera posta; mas no por esto dejé de formar propósito absoluto de venir á Florencia á condolerme. Habiendo dejado la compañía del señor Hipólito Gonzaga, quien tomó el camino de la Mirandola mientras yo el de Parma y Placencia, llegado que hube á Placencia, encontré por una calle al duque Pedro Luis (1), el cual fijóse en mí y me conoció.

Como sabía yo que cuantos males pasé en el castillo del Santo Angel de Roma habían sido sólo por su causa, me causó bastante pasión de ánimo el verle; mas no viendo remedio alguno para librarne de su trato, me

(1) Pedro Luis no fué hecho duque hasta después del consistorio celebrado en 19 de Agosto de 1545; el breve es del siguiente Septiembre. Cellini estaba ya entonces en Florencia.

resolví á ir á visitarle; llegué precisamente al alzarse los manteles, y con él estaban aquellos hombres de la casa de los Landi, que fueron luego quienes le mataron.

Su Excelencia me hizo los más desmedidos agasajos que nunca pude imaginar. Entre esos halagos, por su propia iniciativa habló diciendo á quienes presentes estaban cómo era yo el primer hombre del mundo en mi profesión y que había estado mucho tiempo en prisiones en Roma. Y volviéndose á mí, dijo:

—Bienvenido mío; harto me duelo de aquel daño que sufristeis; bien sabía cómo erais inocente y no os pude ayudar en manera alguna, por que mi padre os persiguió por satisfacer á ciertos enemigos nuestros que le habían dado á entender cómo vos hablásteis mal de él; cosa que con toda certeza sé que nunca fué verdad, y bien me apena vuestro mal.

Además de estas palabras, multiplicó tantas otras análogas, que parecía como si me pidiese perdón. Después me preguntó por todas las obras que había yo hecho para el rey cristianísimo; y mientras decíaselas yo, estaba atento con la más grata audiencia que sea posible en el mundo.

Luego me preguntó si quería servirle á él; á lo cual respondí que con honor mío no lo podía hacer; y que si hubiese dejado concluídas aquellas tan grandes obras que comenzadas tenía para aquel gran rey, dejara á todos los más grandes señores sólo por servir á Su Excelencia.

Aquí se conoce cómo la infinita justicia de Dios ja-

más deja impunes á ninguna clase de hombres que causen tuertos é injusticia á los inocentes. Este hombre, como que me pidió perdón en presencia de aquellos, quienes poco después ejecutaron mis venganzas juntamente con las de otros muchos que por él habían sido ofendidos; por ese motivo, ningún señor, por grande que sea, haga befa de la justicia de Dios, como la hacen algunos que yo conozco y que tan brutalmente me han asesinado, cual en su lugar diré luego.

Aquestas cosas mías no las escribo por vanagloria mundana, sino sólo para dar gracias á Dios, que me ha salvado de tantos grandes peligros. También de todos aquellos que se me presentan delante en mi jornada, me querello á Él, y como defensor propio mío le llamo y me encomiendo. Y siempre, después de humillarme, aparte de que yo mismo me ayudo cuanto puedo, donde no llegan mis débiles fuerzas muéstraseme en el acto aquella omnipotencia de Dios; la cual viene cuando menos se espera á herir á quienes á otros ofenden sin razón, y á los que cúranse poco de los grandes y honrosos ministerios que Dios les ha encomendado.

## LII.

Volvíme de allí á la posada y me encontré con que el supradicho duque me había mandado abundantísimos presentes, muy exquisitos de comer y de beber; tomé con muy buen apetito mi comida, y montando luego á

caballo, me vine á tomar la vuelta de Florencia. Llegado que hube aquí, encontré á mi hermana carnal con seis hijitas, que una era casadera y otra estaba en pañales. Encontré á su marido, quien por varios accidentes de la ciudad no trabajaba ya en su arte.

Había yo mandado más de un año antes pedrerías y alhajas francesas por valor de más de dos mil ducados, y había traído conmigo por valor de mil escudos. Ví que aun cuando de continuo dábales yo cuatro escudos de oro al mes, continuamente tomaban mucho dinero por aquellas cosas mías de oro, que vendían á la luz del día.

Aquel cuñado mío era tan hombre de bien, que por temor á que no me incomodase yo con él, no bastándole los dineros que le mandaba para su manutención, dados de limosna, había empeñado casi todo lo que tenía en el mundo, dejándose devorar por la usura sólo por no tocar aquellos dineros que no les pertenecían.

En esto conocí que era un hombre muy honrado, y se aumentó mi deseo de socorrerle más; y antes de que yo me partiese de Florencia, pensaba acomodar á todas sus hijas.

## LIII.

Estando nuestro duque de Florencia por aquel tiempo que nos hallabamos, en Agosto de 1545, en Poggio de Caiano, lugar diez millas distante de Florencia, fuí en

su busca, como era mi deber, por ser yo ciudadano florentino, y porque mis antepasados habían sido muy amigos de la casa de los Médicis, y yo más que ninguno de ellos amaba á este duque Cosme.

Como digo, fuí al mencionado Poggio sólo] por hacerle reverencia, y no con intención ninguna de quedarme con él, según le plugo á Dios, que hacé bien todas las cosas; pues viéndome el duque, después de hacerme infinitos agasajos él y la duquesa (1), me preguntaron por las obras que había yo hecho para el rey; á lo cual contesté con mucho gusto detallándoselas todas por su orden. Después de oirme dijo que otro tanto le habían contado, y así era verdad, y después añadió con actitud compasiva, y dijo:

—¡Oh, cuán poco premio á tantos hermosos y grandes trabajos! Bienvenido mío, si me quisieras tú hacer alguna cosa á mí, te pagaría muy de otro modo de como lo ha hecho aquel rey tuyo á quien por tu buen natural tanto alabas.

Al oir estas palabras le hice saber las grandes obligaciones que tenía yo con Su Majestad por haberme sacado de una tan injusta cárcel, y dádome luego ocasión para hacer las más admirables obras que por ningún otro artífice hasta entonces nacido se hubiesen hecho. Mientras así hablaba yo, mi duque se removía, pareciendo como si no pudiese estar quieto para oirme. Luego que hube terminado, me dijo:

(1) Era doña Leonor de Toledo.